

UN LUGAR
SIN ALEGRÍA

PREMIO NACIONAL DE NOVELA BREVE 2015

«AMADO NERVO»

UN LUGAR SIN ALEGRÍA

por

Gabriela Mier Martínez



*F*ICTICIA

MÉXICO
2016

Premio Nacional de Novela Breve 2015 «Amado Nervo», convocado por la Universidad Autónoma de Nayarit (UAN). El jurado estuvo integrado por Paola Tinoco García, Godofredo Olivares Cortés y Verónica Bujeiro Ortega.

UN LUGAR SIN ALEGRÍA

D.R. © Gabriela Mier Martínez

D.R. © UAN

D.R. © Ficticia S. de R.L. de C.V.

Edición: enero 2016

Fotografía de portada: Daniele Febei, *Mujer con puro*, utilizada bajo licencia *Creative Commons 2.0*

Universidad Autónoma de Nayarit
Ciudad de la Cultura Amado Nervo
Tepic, Nayarit

Ficticia Editorial

Magnolia 11, Colonia San Ángel Inn, C.P. 01060, Ciudad de México

www.ficticia.com

libreria@ficticia.com

Ficticia Editorial es miembro fundador de la AEMI
(Alianza de Editoriales Mexicanas Independientes)

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la previa autorización por escrito de los titulares de los derechos de autor.

ISBN: 978-607-521-063-6

Impreso y hecho en México

CONTENIDO

BAJO UN FRAMBOYÁN EN LA ISLA DE 1991..... 11

GLÄDJELÖS. UN LUGAR SIN ALEGRÍA.....103

Al recuerdo eterno de Glenda

Para Laura, Iker y Fernando

BAJO UN FRAMBOYÁN
EN LA ISLA DE 1991

Recuerdo una noche de verano. Llovía. La gente, acalorada, vagaba en las terrazas y azoteas sin poder dormir. Salí apresurada del edificio de cantera y algunos vecinos me observaron. No había más que hacer. Enterarse de la vida del vecino, del amigo, mejor del enemigo; daba cierto sentido.

El agua me golpea. Las calles vacías son azotadas por ráfagas de viento que raspan el asfalto. Aparece una *guagua*. Entro. El conductor, encorvado y de cabello rubio, me mira. Su mirada es indiferente, hostil, cansada. Una mujer robusta con turbante de colores envuelto en la cabeza, viaja sentada en la parte trasera y, a través de la ventanilla rajada, mira a un perro. El resto, lugares vacíos.

Detrás del conductor, veo su nuca rosada y gruesa. Algo murmura pero apenas lo escucho. La *guagua* sigue su ruta mientras la lluvia cae sobre el asfalto que ha desaparecido. Solo puedo ver esa piel rosada y gruesa, y un lunar pardo en forma de mosca del que nacen tres pelos. Con la tormenta los olores crecen. Huele a cloacas desbordadas, a pasos taciturnos mezclados con agua salada y peces muertos. Estoy mareada. La noche y la *guagua* se detienen. La mujer se levanta, va hacia la puerta, baja y se aleja caminando como un camello en medio de la pampa. Sin rumbo.

Salgo. El conductor hace un movimiento con ambas manos atravesando el aire. Me mira y su mirada es más indiferente, más hostil, más cansada.

Su presencia me paraliza, tiene la piel profundamente negra, y el blanco de sus ojos, profundamente blanco. Lo recuerdo parado frente a mí, esperando bajo la lluvia; sacudiendo mi cuerpo con sus pupilas enormes, brutales, resplandecientes. El agua escurre entre mis piernas y retira el fango, estoy más ligera y esa ligereza empieza a pesar en la cabeza, las preguntas caen en ella como las gotas de una tormenta sobre suaves magnolias. Me observa tranquilo. Es flaco y alto. Viejo. Lo sé por su mirada; algunas canas sobresalen de sus sienes. La piel es lozana y brillante, y los dedos de sus manos son extraordinariamente largos; la uña del meñique derecho es más larga que el resto. Tiene puesta una camisa blanca, gastada, sin botones. Los pantalones de manta, también blancos, parecen dos bombachas. No lleva zapatos. Sus pies son como huesos de dinosaurio cubiertos de una finísima capa color carbón. *Te esperaba*, dijo, pero apenas lo escucho. Apenas puedo fijar la vista en su rostro que se desdibuja tras finas gotas de agua de lluvia; hay una cortina de vapor entre su mirada y la mía. Camina con lentitud hacia un portal con pilares de mármol que sostienen un techo a punto de caer. Su voz es melódica y grave. Canta cuando habla, baila cuando camina, sonrío cuando mira. Una sonrisa compasiva, verdadera. No dijo más. Subimos por un par de peldaños y atravesamos una puerta de madera desgastada que nos conduce a una sola habitación iluminada con fotografías, collares y veladoras apagadas. Las enciende mientras la noche se paraliza como se paralizan los gatos frente a su presa. No hay focos encendidos. Están esperando el tiempo de volver a brillar, entre tanto se llenan de polvo y ceniza con olor a tabaco. El resplandor de sus

ojos y el singular aroma de las veladoras crecen e invaden los rincones. Luego, él desaparece por segundos para volver con una toalla pequeña y blanca que coloca sobre mi espalda. Con ella me cubro para enjugar sudor y lluvia. La tela reseca hirvió por largo rato en la cubeta de metal que está en el piso. Huele a azufre. Me acerca una mecedora de madera. Parece caoba; todavía mantiene el esplendor del ebanista que puso todo su empeño para que su obra permaneciera a pesar del tiempo y la miseria, y tal vez, el olvido. Me balanceo con la punta de los pies. Él contempla mis dedos; se toma tiempo para hacerlo. Me gusta el aroma del lugar. A jamón horneado con piña, pero sé que no hay ni jamón, ni piña, ni horno. También sé que estamos tan solos como aquel prendedor de plata de la abuela Rosaura. Ese que olvidó en la solapa de un vestido abandonado en el guardarropa y que descubrieron años después de su muerte.

Se sienta frente a mí, en un sillón mordisqueado por el tiempo y la miseria, y tal vez, el olvido. Cruza su pierna derecha sobre la otra, la rodilla sobresale de la gastada tela y su cadera se hunde en el mullido sillón, quedando esa esquelética rodilla casi a la altura de mi torso. Al sentarse encorva la espalda y atrapa con las manos su pierna elevada. Durante un rato no habló. Sólo husmeaba en mis gestos. Me gustaba que me viera, que lo hiciera de ese modo irracional. Tan irracional como estar ahí. Se escucha el estéril ladrido de un perro y el murmullo de la calle sin gente. *Te gusta la noche, te gusta más que el día*, dijo. Mis ojos miran una tenue lucecita que se apaga. *En un par de horas se apagarán todas*.

El vapor caliente entra en las antiguas paredes. Queda atrapado entre un techo elevado y un piso en el que se perciben los restos del tiempo. Cucarachas inmensas color carey atraviesan la habitación. No hay interés ni ánimo de aplastarlas. Escucho lejano el borboteo de la cafetera pla-

teada; él se levanta y abre un escaparate de madera roída que atesora un par de tacitas de porcelana, adornadas con minúsculas aves en tonos dorados. Las retira con delicadeza y sopla para quitar polvo y ceniza con olor a tabaco. Mira el fondo y vierte el líquido. Una nube con aroma de cafetal se eleva, se diluye y se mezcla con el vapor del verano. Bebo despacio. Él se lo toma de un sorbo y observa una vez más el fondo, ladeando la taza sostenida con sus dedos índice y pulgar. Coloca la taza sobre una pequeña mesa marrón, también de madera, también consumida por el tiempo y la miseria, y tal vez, el olvido. *Te gusta lo dulce más que lo amargo.* Lo que decía lo decía sin dudar. A veces mirando fijamente mis ojos, a veces mirando una ventana que daba hacia el portal, y que todavía tenía suspendidas las gotas de la tormenta. Al verlas recordé el sonido del aguacero de esa tarde. Caía sobre el mar. Yo estaba acostada en la cama mirando la pintura de una crisálida; esperando a que escampara para salir del edificio de cantera. Pero un impulso me hizo salir a guarecerme en sus pupilas enormes, brutales, resplandecientes. *¿Por qué le temes al mar?* Decía del mar como si dijera de la vida. De su ordinaria y tramposa fuerza. También de su verdad. De la superficie tibia que miramos cuando estamos fuera.

Habla despacio. Hace largas pausas mientras acaricia su rodilla elevada. Por momentos cierra los ojos para ocultar el desconsuelo de la ausencia que llena la habitación, resregada en los muros de cemento envejecido. Cuando vuelve a abrirlos brillan más. El perfil de la noche se embellece con estrellas ocultas detrás de nubarrones que insisten en quedarse. La ciudad está inmóvil entre sueños que arrullan el cansancio de lo que fue esa mañana calurosa; había amanecido sin nubes y el mar brillaba en la superficie caliente que la noche guardó. Estaba quieto. Esperando la

tarde para abrirse a la tormenta. Para dejarla entrar hasta su profundidad. Y entró con furia.

No vuelvas; no es tiempo, dijo incrustando sus pupilas en las mías, en todo mi rostro, que en ese instante, palideció. Observo una luz que se apaga y ya nada alumbra la habitación. Hay brisa. La noche se cuelga de las paredes estropeadas por el tiempo y la miseria y, tal vez, el olvido.

*

Era marzo cuando llegué a Cuba. La Isla de 1991. La Isla de las colas largas. La Isla del *periodo especial*. La Isla que se partió en dos, en tres, en cuatro. La Isla comunista. La Isla más escandalosa. La Isla del picadillo de soya. La Isla de los apagones. La Isla del camuflaje. La Isla de los balseros. La Isla del bistec de cáscara de toronja. La Isla turística. La Isla del racionamiento. La Isla de cantos yorubas. La Isla de los niños felices. La Isla de los jineteros. La Isla de piel negra. La Isla que enmudeció con *Vale tudo*. La Isla de los Van Van. La Isla de La bruja sin sentimientos. La Isla de colores. La Isla de caderas ansiosas. La Isla.

Era marzo, día cualquiera. Inmensa fila en el aeropuerto para documentar. Las nubes por debajo del avión: pesadas, lentas. Al aterrizar curioseo por la ventanilla y miro a los que se arriman para bajar maletas y llevarlas en carritos hasta donde aguardamos los viajeros. Observo cómo son los isleños. Busco en ellos algún rasgo típico. Al salir del avión respiro. Huele a sal. Hay algarabía mientras espero un pequeño bulto verde musgo apenas lleno con prendas ligeras, apropiadas para veranear. Se ve raquítrico junto al resto de maletines que van lentos sobre cintas metálicas, en procesión, en espera de ser reconocidos por alguno de los viajeros que ahora tienen cara de haber llegado al paraíso.

Los isleños gritan con la misma fuerza con la que sonríen. Con la que ensanchan sus ojos, labios y brazos. El aire caliente se disuelve en la brisa marina. En la brisa de mar revuelto, de sangre revuelta en mar. Vago sobre imágenes que distorsionan, se diluyen o crecen. Camino sobre calles que me detienen bajo la sombra de framboyanes de piel naranja. Donde tengo la sensación de ser inasible. Donde desde ese día cualquiera de primavera, me quedé. *¿Y tus estudios, y la universidad?*, gritó y se quejó mi madre cuando llamé para anunciar que los planes de volver se esfumaban bajo esa sombra. Para muchos la Isla es el infierno, para otros jauja. Para mí, ambos. La Isla arde.

*

Desde temprano observo una larga fila que viene del restaurante del antiguo hotel lleno de remiendos, en el que los camareros visten frac opaco y zurcido, ninguno hecho a la medida del que lo porta. Las camareras usan minifalda negra y blusa blanca de manga larga. Sudan todo el día. Con disimulo se detienen frente a un ventilador que tiembla en el *lobby*, o entran al restaurante con aire acondicionado, que más que ambientar, congela a cualquiera que permanezca más de cinco minutos dentro. Pero a los isleños les enfría el cerebro, y sólo así, pueden seguir. Es un edificio con más de diez pisos, con más de diez décadas. En su mejor época hospedó a célebres personajes de la farándula. Dicen que en los años sesenta y setenta era el hotel elegido por intelectuales de izquierda, artistas y bohemios, o comunistas que preferían no vivir dentro del comunismo. Las paredes parecen de cartón por tanta pintura encima de más pintura, y el piso parece arrugarse cuando camino sobre él. Los muebles y adornos son igual que muertos di-

«UN LUGAR SIN ALEGRÍA»

DE GABRIELA MIER MARTÍNEZ

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EL 25 ENERO DE 2016 EN LOS TALLERES DE
EDICIONES M Y M S. DE R.L. DE C.V., CONRADO PELAYO NÚM. 33

COL. TLÁHUAC, MÉXICO, D.F. C.P. 13200

EL TIRAJE FUE DE 1000 EJEMPLARES

